

INTERESES EXTRANJEROS EN LA GUERRA DEL PACIFICO

V. G. Kiernan.

Miembro del departamento de historia de la Universidad de Edimburgo.

La guerra del Pacífico de los años 1879 -1883, ha sido estudiada por varios autores, sobre la base de los papeles del Departamento de Estado y sobre fuentes Sud Americanas. En este artículo, algunos de sus aspectos son discutidos a la luz de datos de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores Británico. (1)

Extremadamente tortuosas, en detalle, las causas de la guerra fueron simples en esencia. Bolivia tenía salitreras en su provincia costera de Atacama; Perú, su aliado desde 1873, tenía guano y salitre en la provincia de Tarapacá, que la limitaba por el Norte. Chile, al Sur, con pocos depósitos propios, había invertido capitales en los trabajos desarrollados en Bolivia, y en cierta medida en Tarapacá. Los tres países pasaban por una situación difícil, y gobernados por oligarquías, que no querían pagar impuestos veían en los fertilizantes un sustituto. Perú implantó un monopolio del estado, apoderándose de empresas particulares a cambio de certificados. Bolivia estableció un impuesto de exportación a la compañía chilena de Antofagasta. Chile denunció esto como una ruptura del acuerdo, y en Febrero de 1879 se apoderó de este puerto. Bolivia declaró la guerra a Chile y Perú apoyó a su aliado.

Igualmente simple a grandes rasgos es la historia de las hostilidades. En las batallas del desierto, en Noviembre de 1879, Perú perdió Tarapacá, y el ejército boliviano fue eliminado. En Diciembre el presidente Prado huyó de Lima y Nicolás Piérola fue tumultuosamente llevado al poder como dictador. A mediados de 1880, sus tropas en el Sur, en Tacna-Arica, fueron derrotadas, y Callao fue bloqueado. En Enero de 1881, Lima cayó y el presidente desapareció. Parte del país fue ocupado por los chilenos, mientras los partidos peruanos luchaban por el poder. En Octubre de 1883, la guerra terminó con el tratado de Ancón, y las regiones salitreras tanto de Perú como de Bolivia pasaron a poder de Chile.

Así para los extranjeros como para los beligerantes, estos fertilizantes eran el gran objeto de interés. Un factor que complicaba esto, era la gran deuda, que Perú, en la seguridad de sus recursos de guano, había contraído en Europa. El pago de intereses fue suspendido en 1879, y desde entonces en varias capitales europeas, los poseedores de bonos habían pedido ayuda a sus gobiernos. (2) Aquellos se habían organizado, pero en campos opuestos: el continental, principalmente bajo inspiración francesa, y el inglés. Dominando el común malestar, estaba la gran firma Dreyfus, de París, con intrincados y dudosos reclamos y polifacéticos proyectos para imponerlos, y sobre todo, la reputación de su influencia en los altos círculos de París. Sus ambiciones eran repugnantes para el común de los accionistas, franceses o extranjeros; otro grupo de reclamantes había formado en París la Sociedad General de Crédito Industrial, con complicados planes de rivalidad.

Si la competencia de los grupos que hacían presión ayudó a prevenir que el gobierno francés adoptara puntos de vista distintos, en Inglaterra estuvo envuelta una más abigarrada mezcla de intereses. Los accionistas pudieron mirar con gusto el estallido de la guerra, al menos como salida de una situación estacionaria, en la misma forma en que los accionistas italianos dijeron a su gobierno: "No habiendo recibido los acreedores del Perú, por mucho tiempo ni el capital ni el interés de su deuda testimoniaron una gran satisfacción ante el fenómeno de la guerra" (3). Chile era también deudor moroso, aunque en menor escala, y por lo menos en lo que se refiere a algunos de sus acreedores se puede decir, confidencialmente, que sólo apoyaban la guerra, sino que deseaban el triunfo de Chile. "Creo, escribía Francis J. Pakenham, ministro de Gran Bretaña en Santiago cuando Chile se apoderó de Antofagasta, que las perspectivas de todos los demandantes y acreedores de la nación han sufrido un gran cambio para mejor. (4) Se ha dicho sobre los poseedores de bonos peruanos que trataron de impedir la entrada de municiones al Perú. (5) Sir Charles Russell, director del comité principal, hizo una maniobra de esta especie en el Ministerio de Relaciones Exteriores, pero su propósito era impedir que Perú contratara un nuevo empréstito para comprar municiones y el mismo Ministerio protestó de igual manera contra un proyecto para un nuevo empréstito de Dreyfus al Perú, como perju-

cial para otros acreedores (6). Para estos, el plan del monopolio salitrero del Perú había tenido algunos beneficios potenciales, y no necesariamente, la victoria chilena les haría un bien. Estaban divididos entre ellos mismos, a la vez que en malas relaciones con los combatientes en el extranjero, y Russell y su comité eran atacados duramente por disidentes dirigidos por James Croyle. "El Economista", que escribió a fines de 1879, que "el alza de los bonos peruanos se debe a la derrota del Perú", también escribió: "la confusión existente en este momento entre la chusma de los poseedores de bonos peruanos está casi fuera de descripción". (7)

Inglaterra se diferenciaba de Francia y Estados Unidos, en que tenía un gran capital invertido en la actual producción de salitre, el nuevo fertilizante que luego alcanzaría la supremacía sobre el antiguo, el guano, actualmente casi extinguido. Un inglés Hicks, era gerente de la compañía chilena de Antofagasta en 1879 y según escribe Pakenham "su capital era principalmente de Gibbs Edwards y Co., acaudalados capitalistas ingleses, el primero de ellos conectado con la conocida firma de A. Gibbs de Londres" (8) En las salitreras de Tarapacá también hubo capitales ingleses, estimados en un millón de libras. (9) Se ha afirmado, aunque sin evidencias específicas, que los dueños expropiados "formaban un poderoso grupo, que pretendía sacar a Tarapacá del monopolio peruano" y que ellos presionaron en Santiago, para obtener una ruptura. (10) Al mismo tiempo, debiera tenerse en cuenta que aquellos que incitaron a Chile a declarar la guerra, dirigieron su intento sólo en contra de Bolivia, debido al conocimiento que se tenía de que el ejército chileno era inferior al peruano. En todo caso, la influencia de aquellos grupos de capitalistas ingleses, que pudieran haber tenido algo que ver con la ruptura, residía en Santiago más que en Londres. Como los hechos se sucedían tan rápidamente, una vez comenzada la guerra, escasamente necesitaban recurrir al ministerio de Relaciones Exteriores, mientras que los poseedores de bonos que recurrían a él, vociferantes, no tenían nada coherente que decir.

Nuevamente se diferenciaban los diversos intereses económicos, más numerosos en Gran Bretaña que en los otros países concernientes. Los comerciantes no veían con buena cara la guerra, de la cual, su comercio, sería obviamente la víctima, ni

favorecían a Chile, el más agresivo de los beligerantes. "La comunidad comercial, "escribió Pakenham, "está absolutamente sorprendida por la repentina guerra, y deberá hacer frente a fuertes pérdidas. Pareciera que los ingleses fueran los principales damnificados por esta desgraciada guerra"(11). En el verano de 1879, el Ministerio de Relaciones Exteriores, señaló a Chile "la irritación que el mundo comercial necesariamente siente frente a la continuidad de la guerra, por la cual los neutrales estaban sufriendo tan fuertemente"(12). Los dueños de barcos fueron seriamente afectados, especialmente aquellos que tenían que ver con el comercio de guano, siendo la política de Chile, interrumpir tal comercio; se hicieron oír quejas en contra de Chile en varios puertos ingleses. Existía, por otro lado, un sector mercantil que afirmaba que una victoria chilena, sería buena a la larga, para el comercio ya que Chile era la más eficiente y enérgica de las repúblicas de la costa del Pacífico. (13) Esta opinión ganó terreno cuando el éxito de Chile se comprobó como inevitable y el creciente comercio con él, vino a compensar las pérdidas comerciales experimentadas en Perú. A fines de 1881, esta opinión era compartida por el Ministro de Gran Bretaña en Lima. Otro grupo de intereses estaba representado por propiedades inglesas destruidas o dañadas por operaciones militares, principalmente en Perú y particularmente en las luchas alrededor de Lima, justo antes de que se rindiera. Numerosas acusaciones se acumularon en contra de Chile; pero existieron complicaciones vejatorias, ya que gran parte del capital inglés fué invertido en compañías de registro peruano y sus dueños no podían contar con grandes consideraciones. Así como las presiones soportadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores, eran diversas y contradictorias; mientras el primer libro sobre la guerra publicado en Inglaterra, "La guerra entre Chile y Perú (1882)" de Clements R. Markham, era duramente anti-chileno no existía en un amplio sentido, ninguna verdadera opinión pública inglesa capaz de ser tomada en cuenta. Como es la regla, el Ministerio de Relaciones Exteriores era libre para escoger su propio camino; este era siempre calmado y correcto, generalmente alerta, y a veces notablemente bueno en su inactividad maestra. Debiera destacarse que el Ministerio de Relaciones Exteriores, nunca, en ningún momento, contempló ninguna clase de intervención activa. Al margen de las hostilidades, uno de los miembros escribió, con franqueza comprometedora: "podemos asegurar

por el momento que somos tan imparciales como sólo la ignorancia nos puede hacer" (14). Y de cualquier modo formalmente el Ministerio de Relaciones Exteriores continuó imparcial. Fué especialmente escrupuloso en controlar que ningún barco de guerra fuera vendido de contrabando a alguno de los contendientes, ya que existía un pánico mortal a otro Alabama Award. (15) Como en otros países, los hombres se empleaban libremente en cualquier bando que estuviera dispuesto a pagarles; a los ciudadanos ingleses se les permitió enrolarse libremente en cualquiera de las fuerzas beligerantes. En 1880, Pakenham, descontento con Chile, le recordó que Inglaterra podría poner fin, en el momento que quisiera, a estos servicios prestados por sus ciudadanos. Escribía a Londres: esto probaría ser verdaderamente embarazoso ya que creo que casi la totalidad del transporte de la armada chilena, sus municiones, y abastecimientos de todas clases, además del carbón para su escuadra está directa e indirectamente en manos inglesas". (16) Perú no reclamó. Gran parte de la tripulación de su famoso barco de guerra el Huáscar, era inglesa, en el momento de su captura.

En Londres se prestó poca atención a los manifestos y apologías de los beligerantes. La guerra se tomaba como un hecho; el Ministerio de Relaciones Exteriores, no estaba de acuerdo con el interés moralizante que tenía el departamento de estado, en referencia a quien era el responsable, aunque aparece una sugerencia en un memorandum de Abril de 1879, según la cual, Perú se habría aliado con Bolivia para controlar los trabajos en las salitreras chilenas que competían con las suyas. (17) Los informes de Spencer St. John, Ministro inglés en Lima, reforzaban esta impresión. Inclinado a pensar, en un comienzo, que los impuestos bolivianos no eran justificables, pronto llegó a la conclusión de que la lucha había sido forzada por Chile, y, mucho antes de que Perú hubiera intervenido en ella. En Agosto de 1879, escribía: "el deseo de parte del gobierno boliviano, de tener principios fijos de cualquier especie, es la causa de la presente guerra" (18). Sin duda estos eran puntos de vista parciales. Los informes de Pakenham, desde Santiago, antes de la guerra, eran tan críticos para Chile como los de su colega del Perú, y él y otros representantes ingleses en Chile, continuaron en actitud crítica a pesar de todo. De todas maneras, Chile era por lo menos regularmente estable y sabía luchar. En

cuanto a Bolivia, Inglaterra, al contrario de Estados Unidos, no tenía allí legación, y mostraba muy poco interés en el país y en su destino. El general Daza, era un mal presidente, poco amigo de los ingleses; había un tácito acuerdo con una opinión holandesa según la cual Bolivia "era poco más que un estado semi-bárbaro" (19)

En 1879, Perú recién había salido de la "época del guano" de su historia, con un costoso equipo de trenes, una gran mortandad, y una vida pública amoral, y una gran deuda con el extranjero. St. John le advirtió, antes de que comenzara a luchar que una guerra le significaría su ruina financiera (20). Su pueblo ni siquiera parecía estar ansioso de ganar la guerra, mientras el pueblo chileno, era innegablemente entusiasta. Un informe inicial del vice-cónsul en Caldera, describía el espíritu de los soldados en entrenamiento, como muy alto. ("Ellos solo esperan, agregaba, que lleguen sus pantalones, para partir al campo de batalla". (21) En el caso del Perú, St. John, se dió cuenta desde el comienzo de que el entusiasmo solo era ficticio, y que, como escribía más tarde, los patriotas se contentaban con gritar "guerra a muerte", pero sin hacer nada. (22) Uno de sus primeros informes decía que "el grueso del público, vé las probabilidades de la guerra con gran desaliento" y en junio de 1879, pensaba "que el deseo de terminar con la guerra está cundiendo. . . "Como el reclutamiento no aumenta, la policía se encarga de capturar hombres de la clase trabajadora" (23) En los círculos gubernamentales, sólo veía ignorancia y frivolidad. . . Por todos lados los incapaces están en los cargos de importancia. . . Perú aparece como atacado por parálisis; el pueblo parece tan indiferente hacia el futuro como los gobernantes. (24) A fines de Octubre había llegado a la conclusión de que "la causa de Perú está perdida"(25), una opinión en la cual nunca vaciló. Cuando tuvo lugar la "desgraciada huida" del presidente, St. John comentaba que el "siempre pensó que el general (Mariano Ignacio) Prado, era totalmente indigno de su cargo". (26)

En la guerra del Pacífico, estaban envueltos fuertes intereses extranjeros, y no pasó mucho tiempo sin que surgieran ideas de consultas entre los principales poderes europeos, con miras a limitar las hostilidades o sus efectos destructivos. Se hacía sentir, aunque vagamente, la necesidad de extender a esta

nueva región el ya bien probado mecanismo del "concierto europeo", que había mostrado su eficacia en la primera crisis de la guerra ruso-turca. Sin duda habría sido aún más apropiado, un "Concierto de América latina", pero aunque los países vecinos de Sud América, contemplaban de tiempo en tiempo, la posibilidad de una mediación, y aunque Perú en derrota sentía la necesidad de un común consenso de América latina en contra de los viciados principios europeos de captura territorial, no surgieron resultados prácticos. (27) Argentina estaba en malas relaciones con Chile; la actitud de Brasil era ambigua; ningún otro país podía asumir responsabilidades. No hubo ningún signo de que Inglaterra diera importancia a la cooperación con ellos. En Londres, y en general en Europa, se daba por un hecho que Inglaterra era el elemento principal en cualquier esfuerzo para moderar la guerra; pero también, que el "Concierto de Europa" debía en lo posible hacerse extensivo para incluir a Estados Unidos. Londres, a pesar de esto, no deseaba que Washington actuase solo, y abordara las cosas unilateralmente.

Esto por otro lado, fué precisamente lo que pronto Washington demostró intentar hacer. Dexter Perkins, hallado a la conclusión, de que no hay una sola evidencia en todo este período, de que América latina "estuviera en peligro debido a la ambición europea" (28). Pero no se puede calificar de irracional al gobierno de Estados Unidos, por haberse sentido afectado por las posibilidades de mediación europea en la guerra del Pacífico, de una manera subversiva a la Doctrina Monroe. Europa, se aproximaba al apogeo de su era de imperialismo. Cuando estalló la segunda guerra, Inglaterra estaba luchando con Zululandia y Afganistán; en 1882, los ingleses ocuparon Egipto, y al mismo tiempo, Francia atacaba a China.

En Washington se barajaban dos hipótesis, que aunque realmente inconsistentes, se combinaban en la apariencia; una sobre una intervención colectiva europea, y la otra sobre un manejo de los sucesos, por medio de procedimientos secretos desde Londres. De estas, la primera se podría adecuar con más facilidad. En el hecho, no surgió ni siquiera una influencia colectiva, para no hablar de una intervención. No había puntos de vista comunes entre los poderes, sino en momentos casuales, siendo inspi-

rados principalmente por el general disgusto ante el aparente deseo de Estados Unidos, de monopolizar Sud América. A fines de 1881, por ejemplo cuando la presión hecha por Washington, en favor de Perú, era fuerte, St. John, encontró a sus colegas de acuerdo en que Chile era más útil que Perú, siendo el único estado en esa región capaz de algo mejor que la anarquía; y Viviani, el ministro italiano, advertía a su gobierno para que estrechara sus vínculos con Chile, como contrapeso a Estados Unidos en el Pacífico. El mismo St. John, consideraba que los rumores norteamericanos sobre nuestras influencias europeas se desvirtuaban ellas mismas; Sudamérica comenzaba a darse cuenta que debía inclinarse más bien hacia el apoyo europeo, en contra de Estados Unidos, y la mayoría de los extranjeros estaban de acuerdo en contra de este común oponente. (29) Su sucesor, James Reginald Graham, decía lo mismo, algo más tarde, en el curso de una discusión con sus colegas. Argumentaba que Perú no había ganado nada con ignorarlos y entregarse en los brazos de Washington; hablar de "América para los americanos" significaba realmente "América para los Estados Unidos" teniendo Inglaterra muchos más intereses que defender al Sur del Istmo de Panamá. Los sentimientos de Graham, fueron cordialmente reforzados por los otros europeos, y, algo menos sinceramente, por Argentina y Brasil.

Por lo demás, ningún motivo común unía a Europa, y es un hecho notable el que aquellos estados cuya cooperación deseaba Inglaterra, especialmente Alemania, quedaron al margen, en cambio aquellos que se introdujeron por su propia iniciativa, se encontraron con que generalmente Inglaterra se marginaba. Alemania se mantenía reservada, sin comprometerse, desde el momento en que el desacuerdo con Washington, se hizo evidente. Como observaba Perkins, Berlín se cuidaba en esta época de ofender a Washington (31). Italia tenía poseedores de bonos, inversiones en las salitreras, emigrantes, y un deseo de figurar en el mundo. Una legión Garibaldi de italianos peleó en la defensa de Lima, en Enero de 1881. Roma estuvo activa en promover protestas a los beligerantes, sobre esto y aquello; Londres estaba a la expectativa, y las sugerencias que de vez en cuando hacía Holland, eran recibidas cortesmente, ya que no cordialmente. Ni el cónsul general de Holanda en Santiago, Boonen, ni su colega en Lima, un peruano de la familia Canevaro, estaban libres, para los británicos, de inte-

ases particulares en el guano. (32) Cuando España manifestó su deseo de tomar parte en una mediación, en Octubre de 1881, Pakenham hizo notar que España y Chile no habían tenido relaciones diplomáticas, desde su guerra en 1866. (33)

Inglaterra y Francia eran los países que más aventuraban. Eran también los dos grandes rivales con una serie de querellas en ese momento, en Africa y Asia. Lord Granville escribía en 1831, (34) a Lord Hartington, "El riesgo de una guerra con Francia, por Tunez, es aterrador". Washington habría sido menos aprehensivo si hubiera sabido ésto. Otro factor pesaba fuertemente por el mismo lado. Para los dos grandes intereses franceses, Dreyfus y el Crédito Industrial, era esencial que Perú mantuviera su guano y sus depósitos de salitre, que esperaban controlar. Esta vez fue Estados Unidos, y no Inglaterra quien apareció como defensor de Perú; los intereses franceses pensaron en la colaboración con Estados Unidos, en vista de que estos se conectaban con ese país. En Enero de 1881, sino antes, el Crédito Industrial presionaba al Departamento de Estado, para que lo ayudase a mantener Tarapacá para el Perú. En el Ministerio de Relaciones inglés, no se vió nunca nada semejante. Como elemento de convicción se daría a una firma de Estados Unidos la agencia exportadora del lucrativo guano. Poco mas tarde, basándose en un acuerdo con el sucesor de Piérola, Francisco García Calderón, la agencia fué ofrecida de hecho a la firma de Levi P. Morton, pivote del Partido Republicano, quien fué ese año a París, como Ministro de Estados Unidos. Muy pronto, sin embargo París trataba de manipular a Washington en favor de la firma Dreyfus. En Agosto y Septiembre, se hicieron sondeos a Morton a través de nada menos que el Presidente Grevy, cuyos servicios legales habían sido formalmente establecidos por Dreyfus. El Secretario de Estado Blaine, dándose tono, habló de la preeminente situación de Estados Unidos en América del Sur y rechazó todo acuerdo. (35) En Londres no se sabía nada de estos intercambios, en aquella época; pero Washington debió haber rechazado cualquier temor sobre un frente europeo. En verdad, es relativamente claro, que Estados Unidos tuvo todas las cartas que necesitaba para apartar a Inglaterra de la guerra del Pacífico; no pudo usarlas porque estaba en ánimo de apartarse él mismo.

La segunda de las suposiciones acogidas por Washington, fué expresada más dogmáticamente por James G. Blaine, cuando defendía su reciente comportamiento como Secretario de Estado, en una investigación en el Congreso en 1882; "Es completamente falso hablar de esto como de una guerra chilena en Perú. Es una guerra inglesa en Perú, con Chile como instrumento. (36) De este punto de vista se desprende que Estados Unidos debería proteger a Perú. Especialmente durante el régimen de Piérola, Perú se dió rápidamente cuenta de que mientras peores fueran sus relaciones con Londres, más podría esperar de Washington. En lo que concernía al gobierno británico, en particular, las suposiciones de Blaine eran infundadas. Pero fácilmente podría llevar a situaciones desagradables entre Londres y Washington, como las que se desarrollaron en 1865 y 1866, durante el raid de España en la costa del Pacífico. Desde entonces, la controvertida cuestión de un canal interoceánico recobraba importancia; los trabajos comenzaron con el proyecto francés del Canal de Panamá, y Washington trataba de librarse del fastidioso tratado Clayton-Bulwer. (37) Inglaterra podía responder a la desconfianza americana sospechando de ocultos planes para expulsar sus legítimos intereses de la costa del Pacífico. Las ambiciones comerciales estaban dando color a la doctrina Monroe y desafiando la supremacía del comercio británico en Sudamérica. "Todo lo que sea posible pensar decía un informe comercial inglés desde Washington, en 1879, - se está llevando a cabo para obtener mercados extranjeros para los productos y manufacturas de Estados Unidos". (38) La Guerra del Pacífico ofreció oportunidades obvias; a fines de 1880, en uno de sus puntos críticos, el encargado británico en Washington, estaba convencido de que el gran objetivo era "obtener el mercado de Sudamérica, ahora en manos de países europeos, para Estados Unidos, que considera que todo el mercado de Sudamérica debiera pertenecerle. . . e indudablemente congraciándose con Chile y Perú en el presente conflicto, confiaba en ganar ventajas comerciales sobre las naciones que comerciaban con ellos". (39) Uno de los motivos que tuvo Blaine para propiciar una conferencia Pan - Americana, en 1881, era el de promover las importaciones de Estados Unidos. En 1883, fué enviada una circular a las legaciones británicas sobre "los rasos que dará Estados Unidos para favorecer sus relaciones comerciales con América Central y Sur"; llegó un informe de Chile sobre una vio-

lenta competencia en la venta de materiales ferroviarios. (40).

Como estaban las cosas, se podía sospechar razonablemente, que los intereses comerciales de Estados Unidos en la costa del Pacífico, echarían mano de armas políticas, estando el mercado norteamericano tan por detrás del europeo, especialmente del británico. Esta falta de una base firme, y de conexiones, por parte de los intereses locales, fué una de las desventajas de la diplomacia de Estados Unidos, que actuaba, por decirlo así, en un vacío. Además, la especulación, echando raíces por todas partes en el fértil terreno del guano, impedía los negocios legítimos. Se mezcló con los partidos políticos de Estados Unidos, especialmente en la época de Blaine quien hizo caso omiso a una diversidad de quejas de Perú, por lo que fué llamada "su excesiva ansia de riquezas" (41), que puso en peligro su reputación y la de su gobierno.

Si Blaine no se hubiese comprometido tan definitivamente en los asuntos panamericanos el interés del Ministerio de Relaciones Exteriores inglés en la guerra, hubiera sido mucho menor. Sus movimientos iniciales fueron muy exploratorios, e inspirados por un temor normal a las interrupciones del mercado. Cuando Perú, poco antes de entrar en la guerra, barajaba la idea del arbitraje, St. John sugirió, inoficialmente, al Presidente de Estados Unidos como un árbitro apropiado. (42). Sólo después de que Perú se vió envuelto en la guerra, y en respuesta a un sondeo privado de Carlos Piridal, Ministro peruano en Londres, el Ministerio de Relaciones Exteriores inglés informó a los beligerantes que estaba "muy ansioso por impedir la ruptura de hostilidades, entre Chile y Perú" y que ofrecía "sus amistosos oficios". Cuando ambos contendientes los declinaron, Sir Julian Pauncefote, (ayudante del subsecretario) anota: "me parece que valdría la pena hacer otro intento en favor de la paz por el interés del comercio británico que sufrirá mucho por la continuación de las hostilidades entre tan temibles e inescrupulosos beligerantes". Lord Salisbury, Ministro de Relaciones Exteriores británico, estuvo de acuerdo. (43) Pero cuando, en Junio, el Embajador alemán en Londres, propuso una unión con Estados Unidos para mediaciones combinadas, y el Ministerio de Relaciones Inglés sondeaba a Washington fué sorprendido por la fría recepción. A Sir Edward Thornton, ministro británico se le advirtió

que mientras Washington estaba dispuesto a ofrecer sus buenos oficios, no favorecía ninguna gestión de conjunto, ya que eso podría parecer coerción (44). Se dejó a Estados Unidos a cargo de las próximas movidas, las cuales no fueron iniciadas tanto por el Secretario de Estado Evarts, como por sus ministros en los países beligerantes. Sus mal coordinados esfuerzos no llegaron a nada. Cuando en Septiembre, se le preguntó si estaba tratando de mediar, William M. Evarts envió una respuesta que a Thornton le pareció en "un lenguaje intencionalmente obscuro" (45).

Desde un comienzo el gobierno británico se declaró partidario de la paz, pero en ningún momento mostró inclinación a presionar en el bando triunfador para que renunciara a sus victorias; y como Chile estaba desde el comienzo en posesión de territorio boliviano no se podría celebrar ningún acuerdo de paz que la favoreciera, ni en Lima ni en La Paz. Los poseedores de bonos, en vista de la derrota del Perú, podrían poner sus esperanzas en su rival, y Chile fué lo suficientemente inteligente como para jugar con sus esperanzas y temores. Cuando en Diciembre de 1879, se le dijo a Pakenham que solicitase el reconocimiento de Chile a los reclamos de los acreedores sobre las riquezas peruanas, Chile hizo proposiciones que fueron aprobadas por Pauncefote, haciendo notar que eran "recibidas con aclamación" en una asamblea el 2 de Febrero de 1880; fueron recopiladas en un decreto del mismo mes asignando a los poseedores de bonos la continuación de los trabajos en Tarapacá. "El gobierno chileno se ha portado muy bien en este asunto" comentaba Pauncefote, y el Economista llegó a afirmar que una anexión chilena de las islas del guano no sería perjudicial para los poseedores de bonos. (46) Esta fué también, más o menos la opinión de Sir Charles Russel. Perú protestó anticipadamente contra cualquier arreglo entre sus acreedores y Chile, y naturalmente se resintió cuando éste se llevó a efecto, aunque Inglaterra no consideró que implicaba ningún reconocimiento a las demandas territoriales de Chile. (47) De esta manera a pesar de que el Ministerio de Relaciones Exteriores inglés, aún manifestaba su ninguna parcialidad, Gran Bretaña parecía haberse deslizado hacia una posición de neutralidad absoluta algo dudosa.

Mientras Piérola estaba en el poder el distancia-

miento entre Inglaterra y Perú aumentó. Esto sucedía en parte debido a que Estados Unidos estaba del lado de Perú, y en parte debido a otras causas. Un incidente de la tormentosa carrera de Piérola era recordado en contra de él (48) en Londres; pronto la prensa de Lima, tomando su tono de "La Patria" fue fuertemente anti-británica. "El odio de los partidarios de Piérola, a los ingleses" - escribía St. John -... es notorio... no hay un club o sociedad en Perú en el cual no se mencionen constantemente los abusos de Inglaterra". (49) Además Piérola era mirado en Londres como un político conectado fuertemente con la firma Dreyfus, y como tal contrario a los intereses de los otros acreedores del Perú. St. John acreditaba motivos personales para afirmar esto. Gran Bretaña era contraria a que Perú obtuviera más dinero del exterior, y Piérola podía obtener poca de su propio país. Por esto St. John se vio envuelto en una desagradable escena con el Ministro de Relaciones Exteriores, quien se quejó muy duramente de la hostilidad británica. Desagradado ante "la inútil excitación" de este hombre, St. John dejó de visitarlo durante algún tiempo. (50) Pocos han estimado menos a Piérola, quien dejó su impronta en la historia peruana antes y después de la guerra, que el Ministro inglés. "El Jefe Supremo informaba - pasa la mayor parte de su tiempo preparando decretos de los cuales el público se ríe" y manifiestos "bombásticos y absurdos" (51). En cuanto a sus nuevas tropas, eran "indios capturados en el interior y llevados amarrados a la capital; en la primera oportunidad desertarán y volverán a sus casas". Comentarios similares se recibían de los oficiales británicos adscritos a los estados mayores de los ejércitos rivales. (52).

Por muy justas que hayan sido algunas de las críticas de St. John, hay algo de prejuicio en su afirmación de que "el gobierno del Sr. Piérola, está apoyado totalmente en las clases inferiores" (53) Piérola fué siempre para él, un vulgar demagogo. El "Partido Democrático" - decía el enviado inglés en Lima en 1884, "se podría caracterizar brevemente como el populacho". (54) Vale la pena recordar que St. John, pasó gran parte de su activa existencia en Borneo, en parte como teniente del Rajah Brooke, y en Haití, donde "tomó frecuentemente violentas medidas en contra de los nativos perturbadores de la paz pública". (55). En una situación más importante en el presente, habiendo pasado sólo una década

desde 1871, él se enfrentaba ahora a la emergencia de "una especie de comuna organizada". Pauncefote pensaba igualmente que la Legación estaba en una "posición difícil", siendo los Pierolistas "gente tan desesperada". (56) Esta ansiedad continuó inquietando a St. John y a sus sucesores, en los años de desorden que siguieron a la caída de Piérola; así se explica, que aunque encontraran a las fuerzas de ocupación chilenas arrogantes y arbitrarias, consideraron que "la gente de orden" prefería la ocupación como un mal menor. (57) "Hay gran pobreza y angustia", se oía decir en 1882. Muchos indios "han sido llevados a la desesperación por los saqueos... cometidos entre ellos y por los invasores... sería muy serio que las clases bajas se levantaran" (58). Un año después fué la misma historia. "Los pobres indios han sido los que mas han sufrido durante la guerra. (59) En varias provincias ellos se rebelaron. Los obreros africanos y chinos eran otro peligro (60). Todo esto tuvo el efecto de hacer temer más a los ingleses, lo que uno llamó "la porfía deliberada" del Perú por el prolongado "impasse" de 1880 que a la codicia chilena, y desechar toda gestión que pudiera fortalecer a los "fácilmente engañables peruanos" en su obstinación. (61) Esta actitud los pudo llevar muy lejos. El almirante Lyons escribía desde Perú en 1882: "la anexión del país por Chile no es improbable, y yo imagino que esta medida sería popular entre la gran mayoría de la población extranjera". (62)

Esta era la creencia de los hombres del momento. En el Ministerio de Relaciones Exteriores, parecen haber olvidado en más de una ocasión que los chilenos eran por lo menos obstinados como sus oponentes. Mientras Piérola estuvo en el poder recibió varias ofertas de buenos oficios por parte de Inglaterra y otros países europeos. (63) Aún suponiendo que Gran Bretaña estuviera en favor de que las salitreras pasaran a poder de Chile, ésta no podría haber tenido el deseo de ver a Chile prolongar la guerra para asegurar Tacna y Arica, que no tenían nitratos, y que sólo servirían al propósito de asegurar la frontera chilena. Piérola quería ayuda efectiva, y no sólo buenos oficios, y sólo podía pensar en Washington para obtenerla. Washington estaba listo al menos para observar cualquiera movida de otros bandos. St. John se sorprendió en Mayo de 1880, por la actitud hostil adoptada por Isaac P. Christiancy, enviado de Estados Unidos (sobre quién hizo aseveraciones como

"es un abogado de los estados del Oeste poco interiorizado con los usos de su nueva posición"), quién le dijo que sus órdenes eran de prevenir cualquier interferencia extranjera. "Por lo que nosotros sabemos en Lima" - escribía - "ningún poder extranjero ha pensado nunca en intervenir en los asuntos de estas repúblicas" (64). El Secretario Ejecutivo en Washington, John Hay, dejó esto en claro al representante de Italia, y Evarts repitió esta advertencia un poco después, diciendo que ellos tendrían su propia posición y no cooperarían con nadie. (65)

Cuando en el Otoño de 1880, se hicieron arreglos para efectuar una conferencia donde discutir sobre la paz a bordo de un buque de guerra de los Estados Unidos, en Arica a St. John le pareció que los esfuerzos de Inglaterra habían sido dejados de lado con poca cortesía; consideró la política chilena como "muy solapada", y a Osborn (el Ministro de los Estados Unidos en Santiago), culpable de "demasiada ansia de rectitud" (66). A pesar de este enojo los diplomáticos de Inglaterra y de otros países europeos en Santiago, estuvieron de acuerdo en que aunque todos deseaban la paz, no harían nada por amparar las negociaciones. Trataron aún de ser officiosos, urgiendo a Chile para que tomara parte en la conferencia. (67)

Su fracaso, y las recriminaciones que siguieron, actuaron en el período de 1881, durante el cual las sospechas entre Londres y Washington llegaron a su peor punto. St. John concluyó que en Arica, Washington trató de cegar a las dos partes para así obtener de contrabando una paz según sus propios términos; también que Thomas A. Osborn había "desconcertado completamente a sus colegas europeos" haciendo creer a Chile que estaban tratando de interferir en contra de él, en favor de los poseedores de bonos peruanos. (68) Lord Granville le dijo a Italia "ellos no pensarán que nosotros podemos admitir la doctrina de que los países europeos sean excluidos de los esfuerzos para poner fin a conflictos que afectan seriamente su comercio y los intereses de sus súbditos". (69) Rumores sobre las maniobras financieras de Estados Unidos vinieron a reforzar al mismo tiempo el descontento con sus actividades políticas. Una serie de telegramas "secretos" al Ministerio de Relaciones inglés anunciaban que el Cónsul general en Nueva York, Archibald, había descubierto "importantes y sorprendentes

pruebas" de una " nefasta transacción". Al parecer, se trataba de un plan para transferir el control del guano del Perú a una cadena de especuladores de los Estados Unidos con el Secretario Hayes como "agente principal". Se le concedería al Perú un préstamo garantizado por el guano, para permitirle pagar a Chile una indemnización en lugar de cederle territorio. (70) Lo que Archibald había averiguado debía estar conectado con los planes de Crédito Industrial. St. John, encontró esta versión bastante plausible. El mismo había barruntado, en Octubre, una estratagema de esa especie, según la cual, las riquezas de Tarapacá pasarían, en efecto, a poder de Estados Unidos, y él se conformó en la convicción de que Chile no era la clase de país que se dejaría intimidar, entregando la provincia. Christiancy, agregaba St. John, estaba al tanto de que los otros enviados desconfiaban de él; su secretario privado había estado envuelto en asuntos ferrocarrileros en los Estados Unidos, y su reputación no estaba libre de sospechas. (71)

Blaine asumió, como Secretario de Estado, en Marzo de 1881, cuando su amigo James G. Garfield llegó a ser presidente de Estados Unidos, y ya en el verano iniciaba su acción. Tanto sus predisposiciones antibritánicas como sus conexiones financieras lo ayudaron a ser el más aventurado de los tres cabecillas del Departamento de Estado durante los años de la guerra. Las intrigas de los especuladores se transformaron pronto, en lo que Perry Belmont describió como la "idea de un protectorado y garantía de Perú por los Estados Unidos"(72). Esta era ahora una posibilidad con la que se podía contar y cuyo cumplimiento hubiese alterado la historia. El representante holandés en Washington era de los que pensaban que Blaine a través de tácticas erradas e irresponsables, estaba llevando a su país al borde de la guerra en su propósito de convertir a Perú en una dependencia de Estados Unidos. (73) En Noviembre Santiago estaba lleno de rumores sobre planes inspirados en Washington incluyendo especialmente el del Ministro de Blaine en Lima, Stephen A. Hurlbut, que dejaba el puerto peruano de Chimbote como base naval de Estados Unidos. (74) Al final del año las actividades de Blaine culminaron con el despacho a Chile de un enviado especial, William H. Trescot, y de una flota de guerra.

Antes de esto, en Agosto, St. John mencionó una reunión en su casa, entre abogados chilenos y peruanos; él es-

peraba, quizás, arreglar las cosas antes de que Estados Unidos fuese demasiado lejos. No hubo ningún acuerdo y St. John dijo privadamente a J. Godoy, el abogado chileno, a quien el conocía, que sus demandas eran extravagantes. (75) No se desarrolló nada semejante a una alianza anglo-chilena, durante los críticos meses que siguieron: pero naturalmente Chile, hizo lo posible por enemistar a Inglaterra con Estados Unidos. Durante y después de la Conferencia de Arica, Chile mostró una atinada simpatía por los poseedores ingleses de bonos; (76) y ahora, mientras Prescott estaba en alta mar, el Ministro de Relaciones chileno, José Manuel Balmaceda, hizo otra oportuna oferta en cuanto al producto de las ventas de guano del territorio ocupado. (77) Utilizó, también, el recelo británico en cuanto a Chimbote, afirmando que Estados Unidos había prometido pagar o garantizar una indemnización de guerra, y obligar a Chile a evacuar el Perú. (78) En Londres, los funcionarios judiciales consideraban que el arriendo de Chimbote por Estados Unidos, no sería una infracción al tratado Clayton-Bulwer; pero tanto el Ministerio de Relaciones inglés, como el Almirantazgo se inquietaron. (79) Pakenham, a pesar de esto, evadía silenciosamente el asunto, cuando Balmaceda le preguntó "cual era la opinión del gobierno de su Majestad, en referencia a la intervención del gobierno de Estados Unidos en los asuntos de las repúblicas Sudamericanas" (80); la salida de Blaine, y su reemplazo por Frederick T. Frelinghuysan, condujo esta crisis a su fin en Enero de 1882.

Una razón para que Inglaterra se contuviera debe haber sido el hecho de que la posición de Chile era menos peligrosa de lo que parecía, ya que la fuerza naval que Estados Unidos podía enviar era sorprendentemente pequeña. Esto fue entendido quizás más claramente que en Washington en Inglaterra, donde eran construidos los barcos mas modernos y vendidos a todo interesado. Los barcos que Estados Unidos mandó al Pacífico, eran según un informe del Almirantazgo "viejos vapores de madera armados con artillería de poco calibre y muy lentos"; St. John hacía notar que la "demostración naval" en Valparaíso había pasado casi desapercibida" (81). El poderío naval de Chile, tal como lo demostró en la guerra, fué una "completa revelación para Sudamérica", y el arte de guerra naval estaba evolucionando tan rápidamente que un estado pequeño con un puñado de barcos nuevos podía enfrentarse casi con

cualquiera. Como observaba el Almirantazgo británico en 1881, "poseyendo el gobierno chileno tres acorazados, y estando Estados Unidos en desventaja en este particular, estaría fuera del poder de este último, coaccionar efectivamente a aquel"(82).

Una vez en su país, Trescot dijo a Sir Lionel Sackville - West, el nuevo Ministro británico en Estados Unidos, que la imposición por Washington de un derecho exclusivo de mediación había sido un gran error: "Los poderes europeos habían adquirido tal influencia en las repúblicas sudamericanas, que sería una locura ignorarla". Sackville-West se guardó de preguntarle porque con esas opiniones él había asumido esa misión. (83) Mientras tanto los tres enviados de Frelinghuysen a los países beligerantes - James R. Partridge, Cornelius A. Logan, George E. Maney - pronto cayeron en el eterno triángulo de rencillas que había caracterizado a sus predecesores. Inglaterra continuaba observando. Ocasionalmente se discutía si Washington se resentiría ante nuevas iniciativas de Gran Bretaña en favor de la paz, y si de ser así, se debiera ignorar su parecer. Alfred St. John, (sobrino de Sir Spencer, que había asumido en Lima por enfermedad de Graham), escribió a comienzos de 1883, cuando Partridge cayó en desgracia, por haber discutido una gestión conjunta con otros diplomáticos, (84) que Washington parecía "estar todavía animado por una intensa rivalidad ante la interferencia europea en las gestiones de paz. El gobierno de Estados Unidos era consciente de que el prestigio de su país había sufrido grandemente después de las varias y significativas fallas que su diplomacia había sufrido en estas costas". Sir Spencer St. John, quien había regresado de Europa, se preguntaba porque Inglaterra debía admitir la supremacía de Estados Unidos, o preocuparse por Alemania, creyendo el que Chile debía finiquitar la paz. También Sackville-West, no veía ninguna razón, por la que Inglaterra no pudiera actuar sola. "El gobierno de Estados Unidos decía ha agotado sus medios para resolver la cuestión. . . Han pensado, mas de una vez, últimamente, en buscar los medios de obtener ayuda para solucionarla, sin sacrificar "su amor propio"(85) en ello". Más tarde en 1883, cuando el general M. Iglesias, apareció como el ganador entre las facciones peruanas, y estaba listo para firmar los términos de la paz, el Ministerio de Relaciones inglés vacilaba en si acaso reforzaría su posición reconociéndolo. Alfred St. John lo imaginaba bien inspira-

do y sin ambiciones, aunque dominado por bajas intrigas. Harry S. C. Jervoise en el Ministerio de Relaciones inglés señalaba que Washington estaba "enteramente desacreditado" en Sudamérica, y disgustado ante el trastorno del balance de poder en ese continente; Philip H. Currie (ayudante del sub - secretario) pensaba que sería mejor para el prestigio británico actuar sin consultar a los otros gobiernos, (86) En el hecho, sin embargo, el reconocimiento de Iglesias fue aplazado. Aún en esta última etapa había, al parecer, una cierta repugnancia en ofender innecesariamente a Washington.

La diplomacia de Estados Unidos había sido demasiado pobremente montada, como para tener éxito en emular el nuevo sistema alemán, de fomentar la influencia comercial mediante estrategia política. El Servicio Exterior inglés, tenía la función más fácil de velar por intereses comerciales ya establecidos, y sus hombres eran adecuados a sus funciones. Si Pakenham era adicionado a largas y frecuentes ausencias, su Cónsul en Valparaíso, James De Vismes Drummond-Hay, lo podía reemplazar. Aunque Alfred St. John, en Lima, era un funcionario muy joven, supllevar las cosas satisfactoriamente durante cerca de dos años. (87) Los diplomáticos de Washington eran mal pagados, mal adiestrados, y de mal carácter. Después de la conferencia de Arica, por ejemplo, tanto Christiancy, de Lima, como Adams de la Paz, se quejaban indiscretamente a personas ajenas, sobre Osborn, el enviado en Santiago; Adams le dijo a Sir Spencer St. John, mas tarde en Lima, que nunca había conocido " a un chileno mas cabal" que Osborn. St. John hacía consideraciones en cuanto a que los enviados de Estados Unidos, eran aptos para ver las cosas en la misma forma en que las veían los gobiernos ante los cuales estaban acreditados. "La explicación dada generalmente no es honrosa en cuanto a su desinterés". (88) Cuando se publicó parte de la correspondencia del Departamento de Estado, el escribió una larga y ácida crítica sobre ésto, acusando entre otras cosas a Christiancy de haber llenado a Washington de infundadas sospechas sobre Europa. "El resultado de la intervención de estos hombres con poca experiencia en asuntos internacionales que no los entienden cabalmente, era un significativo despliegue de pretenciosa incapacidad". (89)

Así como Osborn en 1880, y Hugh J. Kilpatrick en 1881, Logan mostró en 1882, disposición para concordar

con el punto de vista chileno, lo que muy pronto levantó comentarios. (90). El mismo Frelinghuysen estaba lo suficientemente desalentado en un momento como para confesar al Ministro inglés que estaba muy molesto al darse cuenta de que todos sus agentes se convertían en partidarios de los países a donde iban, y aún le preguntó a Sackville - West si acaso él, personalmente, tenía alguna noción sobre como podría conseguirse la paz. (91) En realidad era demasiado evidente de que los ojos del Departamento de Estado en Lima y Santiago, miraban en general furtivamente en diferentes direcciones. "La explicación es muy simple, escribía Sir Spencer, la mayoría de los agentes norteamericanos que yo he conocido eran comprados directa o indirectamente por los gobiernos ante los cuales estaban acreditados. Podría dar detalles de nombres y circunstancias, si esto se pudiera considerar útil." (92) Sólo un agente de Estados Unidos, gozaba del respeto de su colega británico: se trataba de Partridge, quien estuvo en Lima en 1882, y que era descrito como "una persona muy superior al común de oportunistas que demasiado a menudo son nombrados por el gobierno de Estados Unidos, para llenar puestos diplomáticos y consulares en Sudamérica". (93) Partridge se suicidó un año después de su retiro. El Ministro de Estados Unidos en Londres desde 1880 hasta 1885, fué James Russel Lowell; pero en cuanto concernía a la guerra del Pacífico al Ministerio de Relaciones inglés, no se hizo ningún uso de él por el Departamento de Estado.

Estados Unidos practicó una "diplomacia abierta", y la publicidad hizo más evidente sus fracasos. Estaba dispuesta a invocar principios morales, y Blaine hablaba de la Doctrina Monroe, la cual se había propuesto divulgar, presentándola como "humana y desinteresada". Pero una Doctrina Monroe propugnada por este tipo de hombres para encubrir ciertos designios, no podría parecer a los demás tan "absolutamente desinteresada y desprendida", como debía serlo, tal como lo señalaba James Bryce en 1912, si no se quería provocar resentimientos en Sudamérica. (94) Los historiadores de Estados Unidos no han dudado en reconocer ésto, y Millington resume la guerra del Pacífico como "uno de los capítulos más desafortunados en la historia diplomática de Estados Unidos." (95)

Al finalizar esta historia, cuando el Tratado de

Ancón fue firmado en Octubre de 1883, el país que provocó mayor conmoción no fue ni Inglaterra ni Estados Unidos, sino Francia. Según el tratado los poseedores de bonos peruanos, obtendrían la mitad de las ganancias existentes, pero no de los futuros trabajos en las salitreras de los territorios anexados por Chile. Jules Ferry, primer ministro francés, consideró ésto "absolutamente inaceptable". Francia no tenía, por supuesto, mayor simpatía que Inglaterra hacia la repugnancia de muchos peruanos por ceder territorios - "la usual bravata sobre el honor del Perú" -, como lo había definido alguien en el Ministerio de Relaciones inglés. (96) Alfred St. John consideraba que los términos del tratado no estaban mal; él hacía ver que si Perú hubiera retenido Tarapacá, no hubiera tratado a los acreedores mejor que antes. (97) Pero en general, estos estaban decepcionados. Ahora, como cuando comenzó la guerra, el Ministerio de Relaciones inglés se hallaba asediado de opiniones contradictorias. Un comerciante pro-chileno, escribía advirtiéndole que él pensaba que Estados Unidos se alegraría de ver a Inglaterra comprometida en cualquier rumbo peligroso, obteniendo ganancias con ello. Diez y siete casas comerciales de Londres y Liverpool denunciaban que los rumores sobre intervención en favor de los poseedores de bonos, estaban perjudicando el comercio, y que Iglesias debía ser reconocido. (98) Varios gobiernos protestaron de hecho, inclusive los de Inglaterra y Francia, pero no los de Alemania y Estados Unidos. (99) En Abril de 1884, sin embargo, el tratado fue ratificado sin modificaciones, y en Abril Iglesias, basándose en que no había sido reconocido, rompió abruptamente relaciones con el cuerpo diplomático. Paris reaccionó violentamente. Ya algunos meses antes, el Marqués de Tallenay, enviado francés en Lima, hombre de disposición violenta, había comenzado a amenazar diciendo que Francia estaba a punto de romper relaciones con Chile, y que ésto presagiaba una intervención armada. (100) Francia presionaba ahora a Inglaterra para unirse en una especie de "intervención europea", tan temida por Washington, por la cual se tomaría una actitud firme tanto ante Chile como ante Perú, enviándose barcos al Callao y embargando las exportaciones de guano y mineral. Tan poco dispuesto como siempre a sacar las castañas francesas del fuego, el Ministerio de Relaciones inglés se afirmó en su sobria política. Pauncefoot ordenó que a este "plan salvaje", se respondiera con "un lenguaje frío y sedante" (101) El 23 de Abril de 1884, se

le dijo a St. John que reconociera a Iglesias; los Estados Unidos al mismo tiempo, hicieron lo mismo y otras potencias le siguieron.

Los intereses ingleses por ser mayores y mas variados, sufrieron mayores pérdidas en el transcurso de la guerra que los de cualquier otro país; por la misma razón, por otro lado, resultaron los más favorecidos a la larga. Los procedimientos en contra de Chile para compensar los daños de la guerra, se comprobaron como tediosos, vejatorios y por último infructuosos. (102) Ciertamente Chile no salió de la guerra en ningún estado de gratitud o docilidad hacia Inglaterra, así como ésta tampoco en un estado de admiración o respeto por Chile. A los poseedores de bonos se les dejó con una causa de arbitraje en contra de Chile, que ellos perdieron con la sentencia Rapperschwyl de 1901, y con otra causa en contra de Perú, que les aportó en 1890, apreciables concesiones. (103) Los industriales del salitre fueron los más afortunados. El cambio desde el tipo puramente financiero de inversión representado por los préstamos para el guano, al tipo industrial representado por las minas del salitre, significó al mismo tiempo, un cambio favorable tanto para Inglaterra como para Francia. Los franceses y otros poseedores de bonos, además de los ingleses, resultaron favorecidos por el acuerdo de 1890, con el Perú; pero los codiciosos proyectos alimentados por especuladores franceses, y más intermitentemente por norteamericanos, fallaron. Inglaterra había aumentado su ya prolongada supremacía comercial sobre Francia, y política sobre Estados Unidos. Alemania estaba aún muy atras, utilizando la guerra y la post-guerra para buscar con agudeza posibilidades de abrir nuevos mercados.

Pocas de las más profundas consecuencias de la guerra pudieron preverse cuando ésta comenzó; este hecho está en contra de la idea de Blaine en cuanto a que ésta era una "guerra inglesa". Si sus suposiciones se basaban en los capitales ingleses establecidos en Chile en las salitreras, debe quedar como en muchos problemas análogos - un elemento de duda. Estos capitales estaban estrechamente conectados con intereses financieros y políticos chilenos, y a través de ellos podía ejercer, entre bambalinas, una influencia de aquellas que dejan pocos vestigios de su actividad. El veredicto legal escosés "sin pruebas" sería el que estaría más de acuerdo con este caso. De cualquier modo, las suposiciones de Blai-

ne iban mucho más lejos, agregando los intereses británicos y al gobierno inglés como representándolos; y en esto el veredicto solo puede ser uno: "inocente".

(Traducción B. Sánchez - A. Orrego)

N O T A S

1.

Ver, desde un punto de vista peruano: V. Maúrtua, *La Cuestión del Pacífico* (edición inglesa aumentada por F. A. Pezet, Philadelphia, 1901) y J. M. Valega, *Causas y motivos de la guerra del Pacífico* (Lima 1917); desde un punto de vista chileno, Anselmo B. Holley, *Historia de la paz entre Chile y el Perú, 1879-1884* (2a. ed. Santiago, 1910). Tres aportes norteamericanos: H. C. Evans, *Chile y sus relaciones con los Estados Unidos* (Durham, 1927); W. J. Dennis, *Tacna y Arica* (New Haver 1931); y H. Millington, *Diplomacia americana y la Guerra del Pacífico* (New York, 1948).

Los registros del Ministerio de Relaciones inglés en la Oficina de Registro Públicos, Londres, pertenecen principalmente a las clases 11 (Bolivia), Vols. 27-30; 16 (Chile), Vols. 201-240; y 61 (Perú), Vols. 317-363. Las clases son citadas como FO 11, FO 16, FO 61.

2.

Ver papeles en FO 61, Vol. 323, uno de una gran serie de volúmenes dedicada a los poseedores de bonos peruanos; y W. H. Wynne, *Insolvencia del Estado y poseedores de bonos extranjeros, II* (New Haven, 1951), pp. 109-195, especialmente Capítulo 2.

3.

Copia de su memorandum en FO 61, Vol. 357.

4.

F. J. Pakenham (Ministro en Santiago desde 1878 hasta 1885) a Lord Salisbury (Secretario de Relaciones), N° 6, Feb. 18, 1879, FO 16, Vol. 202.

5.

Dennis, pp. 76-77.

6.

Papeles sobre la actuación de Russell en FO 61, Vol. 322; y ver Salisbury a Piridal (ministro peruano en Londres), 16 de Mayo de 1879, y a Spencer St. John, (ministro británico en Lima, desde 1874, hasta

1883), N° 145, 7 de Oct. de 1879, FO 61, Vol. 323 St. John, a quien Dennis erróneamente llama St. Johns, se le concedió el título de Sir en Marzo de 1881.

7.

27 de Dic. de 1879, y 17 de Enero de 1880.

8.

Pakenham a Salisbury, N° 6, 18 de Feb. de 1879, FO 16, Vol. 202.

9.

St. John a Salisbury, N° 170, 26 de Nov. de 1879, FO 61, Vol. 319.

10.

Dennis, pp. 69, 73-74. Emilio Romero, Historia económica del Perú (Bs. As., 1950) pp. 407-409, también se refiere en esta conexión al capitalista inglés Coronel North, pero la conexión sigue siendo estable.

11.

St. John a Salisbury N° 23, Confidencial, 9 de Abril de 1879, FO 61, Vol. 318; Pakenham a Salisbury, N° 22, 6 de Mayo de 1879, FO 16, Vol. 202.

12.

Salisbury a James de Vismes Drummond-Hay (cónsul en Valparaíso y reemplazando a Pakenham entre Mayo y Oct. de 1879), N° 24A. 23 de Julio, 1879, FO 16, Vol. 201.

13.

Ver papeles en FO 16, Vol. 205, y una carta de S. Williamson, M. P., de 25 de Mayo de 1880, en FO 16, Vol. 210.

14.

Nota sobre un memorandum fechado el 24 de Abril de 1879, en FO 16, Vol. 202.

15.

FO 16, Vol. 234 se refiere a la construcción de barcos para Chile. FO 16. Vol. 232 y 233 conciernen con dos barcos de guerra supuestamente construidos para Perú.

16.

Pakenham a Salisbury, N° 4, Enero 17, 1880, FO 16, Vol. 207.

17.

Memorandum del 24 de Abril de 1879, FO 16, Vol. 202.

18.

St. John a Salisbury, N° 10, 19 de Feb. N° 17, 26 de Feb., y N° 53, 29 de Abril de 1879, FO 61, Vol. 318; N° 103, 5 de Agosto de 1879, FO 61, Vol. 319.

19.

Cónsul general holandés en Chile, reportaba en Pakenham a Lord Granville (secretario de relaciones desde Abril de 1880), N° 50, 11 de Sept. de 1881, FO 16, Vol. 213.

20.

St. John a Salisbury, N° 22, 26 de Marzo de 1879, FO 16, Vol. 318. En Perú justo antes de la guerra, ver: Watt Stewart, "Henry Meiggs, Yankee Pizarro (Durham, 1946); A. J. Duffield, "Perú in the guano age"(Londres, 1877); T. J. Hutchinson, "Two years in Peru"(Londres, 1873).

21.

Vice-cónsul en Caldera a Drummond-Hay, 30 de Septi. de 1879, FO 16, Vol. 202.

22.

St. John a Granville, N° 34, 27 de Abril de 1881, FO 61 Vol. 333.

23.

St. John a Salisbury, N° 31, 4 de Abril, N° 77, 10 de Junio, y N° 79. 11 de Junio, de 1879, FO 61, Vol. 318.

24.

St. John a Salisbury, N° 59, 19 de Mayo de 1879, FO 61, Vol. 318, y N° 152, 29 de Oct. de 1879, FO 61, Vol. 319.

25.

St. John a Salisbury, N° 174, 26 de Nov. de 1879, FO 61, Vol. 319.

26.

St. John a Salisbury, N° 177, 22 de Dic. de 1879, FO 61, Vol. 319.

27.

Pero Horace Rumbold, el ministro inglés en Buenos Aires, pensaba que él podría discernir un significativo aumento de ideas de hegemónias, equilibrio de poderes etc. en Sudamérica, en reemplazo de las primitivas "doctrinas sencillas" de fraternidad republicana; Rumbold a Granville, N° 139, 28 de Nov. de 1880, FO 6, Vol. 360. En cuanto a los proyectos de mediación de Argentina o Brasil, ver Rumbold a Granville, N° 124 Conf., 29 de Sept. de 1880, FO 6, Vol. 360, y Petre (ministro en Buenos Aires) a Granville, N° 5 Conf., 10 de Enero de 1883, FO 6, Vol. 374; Mautua, p. 96.

28.

Hands off; A history of the Monroe Doctrine (Boston, 1941), p. 154.

29.

St. John a Granville, N° 111 Conf., 27 de Dic., 1881, FO 61, Vol. 334, y N° 6, 4 de Enero, 1882, FO 61, Vol. 339.

30.

J. R. Graham (cónsul en Callao, y a cargo de la Legación en Lima, desde Marzo hasta Oct. de 1882) a Granville, N° 41, 18 de Mayo, 1882, FO 61 Vol. 339.

31.

Dexter Perkins, "The Monroe Doctrine 1867 - 1907 (Baltimore, 1937), p. 133.

32.

Barrington (ministro en Lima) a Granville, N° 92, 3 de Sept. 1884, FO 61, Vol. 354.

33.

Pakenham a Granville, N° 69, 27 de Oct. de 1881, FO 61, Vol. 213.

34.

Lord Fitzmaurice, "The life of Granville George Leveson Gower, second Earl Granville K. G. (Londres, 1905), II, p. 235. Granville sucedió a Salisbury en Abril de 1880, cuando el ministro liberal de Gladstone se hizo cargo de su nuevo puesto.

35.

Ver Maurtua, pp. 97 - 101; Perry Belmont, "An american democrat" (segunda ed., N. Y 1941), pp. 238 - 246; R. McElroy, "Levi Parsons Morton" (N. Y., 1930), pp. 129 - 130, 135.

36.

Belmont, pp. 258-260.

37.

Sobre la discusión en 1880-1883 de este tratado ver J. H. Latane, "The diplomatic relations of the Unites States and Spanish America (Baltimore, 1900), Cap. IV; Perkins, "Hands Off", pp. 161ff., y "The Monroe Doctrine", Cap. I.

38.

Citado en el Economista, el 28 de Junio de 1879.

39.

Drummond a Granville, N° 294 Conf., 28 de Oct. de 1880, FO 5, Vol. 1723.

40.

Drummond-Hay a Granville, N° 2 Comercial, 27 de Abril y N° 3 Comercial, 28 de Abril de 1883, FO 16, Vol. 224.

41.

L. M. Sears, "A history of american foreing relations (3a. ed., N. Y. 1936,) p. 375.

42.
St. John a Salisbury, N° 16, 19 de Feb. de 1879, FO 61, Vol. 318.
43.
Mempranda de Sir Julian Pauncefote (ayudante del sub-secretario, y desde Sept. de 1882, sub-secretario permanente), 15 de Abril y 20 de Mayo de 1879, FO 16, Vol. 201.
44.
Ver un memorandum del 30 de Sept. de 1880, vigilando intentos de mediación en ese punto, en FO 61, Vol. 330; y Thorton a Salisbury, N° 138, 20 de Junio de 1879, FO 5, Vol. 1683.
45.
Thorton a Salisbury, N° 201, 22 de Sept. de 1879, Fo 16, Vol. 202.
46.
Salisbury a Pakenham, N° 48, 2 de Dic, de 1879, FO 61, Vol. 323; memorandum del 3 de Feb. y 14 de Mayo de 1880, FO 61, Vol. 331; "Economista" 17 de Enero y 7 de Feb. de 1880.
47.
Ver circular peruana, del 27 de Enero de 1880, en Fo 61, Vol. 329; cp. Romero, p. 378.
48.
Dirigiendo una revolución en 1877, había capturado el Huascar a a pelea con algunos acorazados ingleses; ver W. Clarke, "Perú and its creditors"(1877), pp. 41-50.
49.
St. John a Salisbury, N° 32, 3 de Marzo y N° 34, 17 de Marzo de 1880, FO 61, Vol. 325.
50.
St. John a Salisbury, N° 23, 11 de Febrero, y N° 29, 26 de Feb. de 1880, FO 61, Vol. 325; N° 21, 10 de Feb. de 1880, FO 61, Vol. 331.
51.
St. John a Granville, N° 55, 31 de Mayo de 1880, FO 61, Vol. 325; N° 64, 21 de Junio de 1880, FO 61, Vol. 326.
52.
St. John a Granville, N° 68, 19 de Julio de 1880, FO 61, Vol. 326; informes militares en FO 61, Vol. 326.
53.
St. John a Granville, N° 64, 21 de Junio de 1880, FO 61, Vol. 326.
54.
Barrington a Granville, N° 78, 6 de Agosto de 1884, FO 61, Vol. 354.

55.

Dictionary of National Biography.

56.

St. John a Salisbury, N° 51, 12 de Mayo de 1880, y una minuta de Pauncefote, FO 61, Vol. 325.

57.

St. John a Salisbury, N° 17, 21 de Enero y N° 29, de Feb. de 1880, FO 61, Vol. 325; N° 30, 6 de Abril de 1881, FO 61, Vol. 333; N° 65, 13 de Julio de 1881 FO 61, Vol. 334.

58.

Graham a Granville, N° 32, 12 de Abril de 1882, FO 61, Vol. 339; N° 52, 5 de Julio, N° 56, 5 de Agosto, y N° 59, 14 de Agosto de 1882, FO 61, Vol. 340. Cp. St. John a Granville, N° 26, Consular, 7 de Nov. de 1881, FO 61 Vol. 334; "Extranjeros y nativos son víctimas constantes de robos y asesinatos por bandas de bandidos chilenos y peruanos".

59.

Alfred St. John (cónsul general en ejercicio en Lima desde Oct. de 1882 hasta Junio de 1884) a Granville, N° 79, 23 de Agosto de 1883, FO 61, Vol. 347.

60.

Repetidas protestas británicas se oyeron en Stgo. en contra del secuestro de los bienes de los chinos, por oficiales chilenos; ver papeles en FO 61, Vol. 334, y FO 16, Vol. 218. Cp. Watt Stewart, Chinese Bondage in Peru (Durham, 1951).

61.

Graham a Granville, N° 67, 30 de Agosto de 1882, FO 61, Vol. 340; Alfred St. John a Granville, N° 90 Conf., 21 de Oct. 1882, FO 61, Vol. 340.

62.

Almirantazgo al Ministerio de Rel. Ext., 18 de Marzo de 1882, con un informe adjunto de Lyons, N° 12, del 2 de Feb. de 1882, FO 61, Vol. 343.

63.

En Julio, por ejemplo, Granville sostuvo dos conversaciones con el embajador italiano, y el embajador alemán estaba a la expectativa; ver memorandum del 30 de Sept, de 1880, en FO 61. Vol. 330.

64.

Spencer St. John a Granville, N° 57, 7 de Junio de 1880, FO 61, Vol 326.

65.

Drummond a Granville, N° 256 Conf. , 26 de Agosto y N° 294 Conf. , 28 de Oct. de 1880, FO 5, Vol. 1723.

66.

Spencer St. John a Granville, N° 84, 18 de Sept. de 1880, FO 61, Vol. 326; Pakenham a Granville, N° 56, 10 de Sept. de 1880, FO 16, Vol. 208. Alejandro Garland da cuenta como testigo visual de la conferencia sobre Conflictos sudamericanos y de Estados Unidos (Lima, 1900), vi-vii.

68.

Spencer St. John a Granville, N° 96, 30 de Oct. y N° 97, del 6 de Nov. de 1880, FO 61, Vol. 326; N° 61, 6 de Julio de 1881, FO 61, Vol. 334.

69.

A comienzos de Nov. Inglaterra había pedido a Alemania, Italia y Francia, sus opiniones sobre una renovación de buenas relaciones, incluso "un arbitrio internacional para la paz". Al saber la hostilidad de Washington cambiaron de idea. Ver memorandum de Pauncéfote, 4 de Nov. de 1880, FO 61, Vol. 330; Paget (embajador en Roma) a Granville, 555, 3 de Dic. de 1880, FO 45, Vol. 408; Russell (embajador en Berlín) a Granville, N° 565 Conf. , 6 de Dic. de 1880, FO 64 Vol. 963; Granville a Paget, N° 666A , 15 de Dic. de 1880, FO 45, Vol. 401.

70.

Drummond a Granville, N° 295 Secret, 31 de Oct. N° 300, Secret, 2 de Nov. y N° 307, 5 de Nov. de 1880, FO 5, Vol. 1724.

71.

Spencer St. John a Granville, N° 88, 2 de Oct. de 1880, FO 61, Vol. 326; N° 1; 1 de Enero de 1881, FO 61, Vol. 333.

72.

Belmont, p. 227.

73.

Despacho de Weckherlin-Rochussen, del 6 de Feb. de 1882, FO 16, Vol. 221.

74.

Pakenham a Granville, N° 75 Conf. , 20 de Nov. de 1881, FO 16, Vol. 213. En cuanto a Chimbote, ver Dennis, pp. 155-156; Mauritius, pp. 114-127.

75.

Spencer St. John N° 74, 9 de Agosto de 1881, FO 61, Vol. 334.

76.

Debiera de tenerse precauciones con esta simpatía, debido a la opinión pública chilena. Ver Pakenham a Granville, N° 85, 30 de Nov. de 1880, FO 61, Vol. 331 N° 97, 31 de Dic. de 1880, FO 16, Vol 208.

77.

Pakenham a Granville, N° 80, 4 de Dic. y N° 90, 27 de Dic. de 1881, Fo 61, Vol. 344.

78.

Pakenham a Granville, N° 81 Conf., 4 de Dic. de 1881, FO 61. Vol. 344; N°. 83, 5 de Dic. N° 84, 9 de Dic, N° 85, 12 de Dic, y N° 88, 17 de Dic. de 1881, FO 16, Vol. 213.

79.

Papeles en Fo 61, Vol. 337, especialmente un memorandum de Hertslet, el bibliotecario del Ministerio de Rel. Ext., del 7 de Dic. de 1881.

80.

Pakenham a Granville, N° 6, 18 de Enero de 1882, FO 16, Vol.218.

81. Spencer St. John a Granville, N° 10, del 10 de Enero, y N° 22, del 1 de Marzo de 1882, FO 61, Vol. 339.

82.

C. E. Akers, "A history of South America"(3a ed. Londres, N. Y., 1930), p. 482; Almirantazgo al Min. de Rel. Ext., Conf. 10 de Nov. de 1881, FO 61, Vol. 337.

83.

Sackville-West a Granville, N° 397 Conf., 17 de Nov. de 1882, FO 5, Vol. 1788.

84.

Alfred St. John a Granville, N° 6, 22 de Enero y N° 31, 21 de Marzo de 1883, FO 61, Vol. 346; su informe de este incidente no concuerda en algunos detalles con los de Mautua, pp. 137-138; Garland p. XVI; Evans, p. 115; Dennis, pp. 182-83; Millington, pp. 133-134.

85.

Alfred St. John a Granville, N° 22, 23 de Feb. de 1883, FO 61, Vol. 346; memorandum de Spencer St. John, del 10 de Dic. de 1882, FO 61, Vol. 340; Sackville West a Granville, N° 114, 8 de Abril de 1883, FO 5, Vol. 1831, y una minuta sobre esto fechada al 1 de Mayo; minuta de Pauncefote, sobre Drummond-Hay, a Granville,

N° 13, 6 de Marzo de 1883. FO 16, Vol. 223.

86.

Alfred St. John a Granville, N° 128, 23 de Nov. de 1883, FO 61, Vol. 348; mi nutas en FO 61, Vol. 345.

87.

St. John es muy inteligente y se condujo atinadamente en Perú" (memorandum de 1886, FO 16, Vol. 242).

88.

Spencer St. John a Granville, N° 60, Conf., 5 de Julio, 1881, FO 61, Vol. 334.

89.

Spencer St. John a Granville, N° 55, 22 de Junio, 1881, FO 61, Vol. 333.

90.

Alfred St. John a Granville, N° 1, 3 de Enero, 1883, FO 61, Vol. 346.

91.

Sackville-West a Granville, N° 383 muy Conf., 28 de Oct., 1882, FO 5, Vol. 1788.

92.

Spencer St. John a Granville, 22 de Nov., 1882, FO 61, Vol. 340.

93.

Graham a Granville, N° 50, 15 de Junio de 1882, FO 61, Vol. 339.

94.

Ver despacho de Blaine del 29 de Nov. de 1881, en H. S. Commager, ed., Document of American History (3a. ed. N. Y., 1943), II, 108-109; Lord Bryce, South America (N. Y. 1912), p. 509. Cp. Alejandro Alvarez, The Monroe Doctrine, (N. Y. 1924) pp. 257ff.

95.

Millington, p. 9; cp. Evans, p. 118: "un perfodo de desatinos y oficioso".

96.

Minuta de Cockerell sobre una carta autografiada del Gral. Montero, jefe del partido peruano que no se rindió, a la Reina Victoria, el 5 de Feb. 1882, FO 61 Vol. 337.

97.

Alfred St. John a Granville, N° 83, 3 de Sep. 1883, FO 61, Vol.

347.

98.

S. Williamson, M. P., a Lord E. Fitzmaurice, subsecretario parlamentario, 29 de Abril de 1884, FO 61, Vol. 357; otros papeles en FO 61, Vol. 338.

99.

Ver Lord Lyons (embajador en Paris) a Granville, N° 60, 30 de Enero, 1884, FO 61, Vol. 357; Lord Ampthill (embador en Berlin) a Granville, N° 37, 18 de Feb. y N° 46, 28 de Feb. FO 64, Vol. 1049.

100.

Alfred St. John a Granville; N° 74. muy Conf., 10 de Agosto, 1883. 101.

Waddington (embajador frances en Londres) a Granville, 8 de Abril de 1884, Urgente y minuta sobre esto.

102.

Una substancial monografía sobre el arbitraje, basada en impresos y fuentes manuscritas, ha sido publicada por Alejandro Soto Cárdenas del Pacifico " Los tribunales arbitrales" (1882-1888) (Stgo. 1950).

103.

Ver E. H. Feilchenfeld, Public Debts and State Succession (N. Y. 1931), pp. 322 - 329; Romero, pp. 379 - 380.